

Dos vidas y dos pintores peninsulares

PORTUGAL de brucees al mar sobre barandal de algas, recuerda su épica para entonar, sin voz precisa, el canto lírico de su íntimo sentido, y cabal definición. España, se aferra al eco que dejó el alarido del XVI, y se prepara a sostener a duras penas, el peso feliz de los virreynatos, cuya pérdida será epílogo de su gloria. A su grandeza va a suceder el sollozo, que se avecina con regusto majó.

De marinero, no de marino; pero siempre de asiduo amigo del mar, como buen portugués, nace Domingos Antonio de Sequeira. Sus primeras miradas de niño—las más importantes de la existencia—descansan en el océano, y atienden curiosas a las alegorías continuas del triunfo y ocaso del Sol.

Goya nace entre tierra olvidada, donde el Sol está desprovisto de gala de amanecer. Alumbra sin ornato, falto de fiestas de agua o verdura. No posee siquiera prestado un mediocre escenario urbano. Es terriblemente triste, hasta en la abierta naranja de los mediodías.

Los dos pintores no olvidarán nunca la primera visión. Toda su vida llevará prendida Sequeira la muelle contextura del mar, y la línea exacta del horizonte, explicación remota de su buen dibujo. Goya soportará «colgado» el hosco gesto de su tierra, y la mueca cansada de sus hombres, bajo cielos desiertos, sin gracia de paisaje. Sus futuros destinos, tan semejantes, servirán para acusar mejor; en uno, la predisposición, con signo de ventura, de dejar abiertas las ventanas; en otro, su tendencia a denegar un resquicio a la esperanza. Vidas paralelas, en su producción afín dejarán marcada la impronta de su lugar de origen.

Los notables críticos portugueses Dres. De Figueiredo y Dos Santos, han estudiado ya, con ventaja, las semejanzas de las obras de Sequeira y Goya, que a nuestro juicio, se obligan a un imperativo de época, que traducen dos distintas psicologías, bajo un mismo denominador. Un clima

ibérico preside todo; incluyendo la diferencia geográfica y temperamental.

Conocidas las series de cuadros de los dos artistas, ello nos ahorra el minucioso apuntamiento, que revela, el atisbo igual, la misma predilección, e idéntica sugerencia, que siempre se desenvuelve, no hay que olvidarlo, con los caracteres peculiares al primitivo impulso... Y esa hermandad, en la que Sequeira es hermano menor, obedece al marcado destino, que les lleva por caminos comunes, con la diferencia de la existencia de árboles en la ruta del portugués y la pérdida continua de todas las diligencias, que dejan a Goya abandonado y solitario, acaso por culpa propia, al no tener voluntad para volver atrás la vista, e iniciar el regreso, difícil; pero el único seguro que le podía salvar, de su lento y regodeado suicidio.

Los dos de origen humilde, sacian su ansia de opulencias en una Italia plena de palomas, y de máscaras. Roma, la Sabia, no les enseñará nada. Descubrirán secretos en contemplaciones antiguas, ahitas de jugos de tierra, y también aprenderán a perderse, mucho más Francisco José, en el índice de los pinos, que señalan enhiestos a los cielos clásicos, o se achaparran abrumados de ciudad eterna.

Los dos acusan un academicismo predecesor, y ambos sienten la angustia, colmado el triste anhelo, de un segundo premio. Y ligeramente envenenados, retornan a las Cortes Reales, donde Sequeira disfrutará poniendo pórticos de gloria, después de su fracaso monástico, y Goya cebará su dolor en las carátulas regias, a las que convertirá en gárgolas pictóricas por donde mana su sarcasmo. Mucho debió sufrir el aragonés no pudiendo pregonar el horrible capricho que se le brindaba de continuo. Ante el crepúsculo hispano, no supo ver la reacción tradicional. Se quedó corto, prefiriendo ahorcarse con la soga que él fabricó.

El pintor portugués se encuentra dichoso, desde que su estancia en Oporto, le convierte en «afrancesado»; hubiera sido «realista» si la casualidad le hubiera permitido seguir a los Reyes camino del verde Brasil. El, era dichoso poniendo nimbos de luz. Lo de menos era la figura: Junot, Beresfort, el Rey, o la Constitución, puñal peninsular. Lo importante era ser visionario.

Un mismo modelo sirvió a los dos pintores: Carlota Joaquina, princesa con Goya y reina con Sequeira. Y un mismo color «lluvia» aparecerá en sus lienzos, que señalarán, acompañándoles—en ocasiones—con igual fac-

tura, los gestos y maneras de los niños, envueltos en rasos, terciopelos y encajes, a los que separa la expresión de la mirada, que el portugués hace dulce, y Goya convierte en inexpresiva y vacía, como no concediéndoles próxima redención.

Pintores reales, sucumbieron ante la seudorrevolución de ideas, el uno, encogiéndose de hombros; el otro, traicionándose.

A nuestro artista el consuelo le estuvo negado; pueden contarse sus descansos, a través de sus lienzos. Una de las veces en que conoce tranquila respiración es en los retratos de D. Juan Martín de Goicoechea y su esposa.

Sequeira pintaba como si le acabaran de presentar a sus personajes, con alborozo y efusión. Goya, como si les hubiera visto detrás de la última cortina. El primero se salvó el día que encontró el auténtico marco para sus apoteosis.

Goya alcanzó la desesperación, y en ella vivió, como propio y natural ambiente. Siguió en frenesí paulatino consiguiendo descubrir con brutalidad genial el resorte humano y fatal. Así como el Greco, pintó gritando y pidiendo al cielo perdón, Goya lo hizo susurrando al oído el secreto y recreándose en inmortalizar todos los dolores, para encubrir el suyo. Alcanzó la elevación en la contrapartida y en el revés.

Pudiera que en el Salón de París se hallasen juntas, las figuras de los dos peninsulares. No es probable. Lo que sí es seguro, es que los dos realizaron litografías y murieron fuera de su mar y de su tierra. El uno en Roma, dentro del estanque de aire que guardan las colinas; el otro en Burdeos, rodeado de humanidad.

Sus cuadros nos muestran una entrañable manifestación de íntima alianza, que los dos expresan con el acento al que se deben. Es triste, que nunca se dieran la mano.

Desde sus tumbas debe existir un tenue lazo de recuerdo que los unirá siempre en un tiempo, que sus pulsos eternizaron en la vibración de un instante humano, como todos, llenos de esperanza y de dolor.

Se nos olvidaba consignar que los dos amaron. El portugués pondría en su amor la ternura e inconsciencia de su espíritu contento. El pintor de Carlos IV, amando de espaldas, conoció en carne viva la ausencia de la caricia, que le era tan necesaria, para que sus cuadros tuvieran la huella de salvación que el negó a todos.

Bajo una advocación antoniana reposan los restos del caminante y del peregrino. El primero, en Roma, cuna de juriseconsultos. Goya, cerca del Manzanares, al que ya Lope de Vega, en el estío, había descubierto su arenoso fundamento. La lección, definitiva, la ha de aprovechar gozoso el español, al que la indulgencia le habrá concedido, a la postre, la dicha tan perseguida: sonreír.

MANUEL SANCHEZ CAMARGO